

LA HOGUERA DE SAN JUAN.

En el pintoresco pueblo de Navasfrías, en plena sierra de Gata, un grupo de corderitos se preparaba para una de las tradiciones más esperadas del año: la hoguera de San Juan. Este grupo de corderitos eran los “quintos” del mismo año, una cuadrilla de amigos inseparables, cada uno con sus peculiaridades y talentos únicos.

Dentro del grupo de quintos estaban diferentes corderitos, entre ellos **Manchitas**, un corderito con discapacidad visual que se orientaba gracias a su agudo sentido del olfato; **Chispa**, una ovejita con mucha energía, siempre dispuesta a animar al grupo; **Blanquito**, con discapacidad auditiva, que llevaba un pequeño collar con cascabeles para que los demás supieran dónde estaba; **Estrella**, una corderita con TEA que adoraba clasificar las plantas por su forma y textura; y **Rizos**, un corderito soñador con una patita más corta que nunca dejaba que eso le impidiera participar en las aventuras.

El día comenzó temprano. Los corderitos decidieron que recolectarían tomillo fresco para alimentar la hoguera. Habían contratado a Ruperto, un burro amable y paciente, que transportaría el tomillo en un carrito decorado con flores silvestres.

– ¡Vamos a hacerlo juntos! –dijo Estrella con entusiasmo mientras revisaba una lista que había preparado con las distintas hierbas que podían encontrar.

El viaje al campo

A medida que avanzaban por los senderos del bosque, trabajaron en equipo para superar los desafíos.

Manchitas lideraba cuando había que identificar el tomillo entre las demás plantas, guiándose por su aroma.

Estrella se encargaba de organizarlo en pequeños montones dentro del carro. **Blanquito** vigilaba que no se perdieran, usando sus cascabeles para alertar al grupo cuando alguien se alejaba demasiado.

Chispa corría de un lado a otro, asegurándose de que todos se sintieran incluidos y entretenidos. Aunque su energía a veces era desbordante, lograba sacar sonrisas a todos. **Rizos**, por su parte, ayudaba a empujar el carro en los tramos más empinados, mientras Ruperto, con su paso lento pero seguro, los animaba con su voz ronca y amigable.

Una comida especial

Tras una mañana intensa, el grupo regresó al pueblo con el carro lleno de tomillo. Les esperaba un banquete especial en **Lucanus 75**, un restaurante del pueblo. Allí les habían preparado una deliciosa ensalada de productos de la huerta acompañado de patatas asadas.

– Esta comida es para celebrar vuestra amistad y esfuerzo –les dijo la camarera mientras servía los platos con una sonrisa. Los corderitos comieron juntos, compartiendo anécdotas del día y reconociendo lo importante que había sido el trabajo en equipo.

La hoguera de San Juan

Cuando llegó la noche, el grupo encendió la hoguera con el tomillo recolectado. Alrededor del fuego, los corderitos danzaron y cantaron. Cada uno tenía algo especial que aportar: **Manchitas** tocó una melodía con su flauta de madera, **Blanquito** llevó el ritmo con sus cascabeles, y **Chispa** lideró un divertido juego de saltos alrededor del fuego.

Estrella, que solía ser más reservada, sorprendió a todos con una poesía que había compuesto sobre su experiencia del día:

*"La hoguera brilla en la noche oscura,
como nosotros, con luz y ternura.*

*Diferentes, únicos, juntos avanzamos,
y con amistad todo superamos."*

Al terminar, todos aplaudieron emocionados. **Ruperto**, conmovido, comentó:

– Hoy he aprendido que no importa cómo somos, sino cómo nos ayudamos. Este ha sido el mejor trabajo que he hecho en años.

Un legado de inclusión

Desde ese día, los corderitos de Navasfrías se convirtieron en un ejemplo de inclusión y amistad para todo el pueblo. Cada año, durante la hoguera de San Juan, los vecinos cuentan su historia como un recordatorio de que, aunque todos somos diferentes, juntos podemos crear algo maravilloso.

Y así, en las montañas de **Navasfrías**, el fuego de la hoguera siguió brillando no solo por el tomillo, sino por el calor de una amistad que incluía a todos.



